

«Así se hizo...»

Son como glaciares los barcos de acero

Para meter un barco en una botella hay que ser paciente y trabajar la precisión. Debes tener en cuenta el tamaño del cuello y el del casco. Se construye el barco antes de meterlo en la botella. Se diseñan las velas, el mástil, los obenques, el timón. Una vez dentro, estos se tensan, se levantan con hilos que sujetan la estructura, bisagras que permiten la maniobra: izar las velas contra el cristal.

Para meter un barco en una novela ocurre algo parecido. Pero la escritora debe fabricar el barco y la botella. La paciencia se traduce en atención y la precisión en obsesión. Escribir es obsesionarse.

Son como glaciares los barcos de acero nace de una obsesión, como todo lo que alguna vez ha brotado de mí. Me obsesioné con un color, con una historia, con una ciudad. Con las imágenes que yo buscaba y encontraba atravesando los astilleros, las grúas, los contenedores del puerto, los trenes de mercancía, las fábricas, la clase trabajadora de mi barrio. Yo quería hacer un retrato de la lucha obrera en Vigo. Esa era mi botella.

Estaba, por un lado, la honesta voluntad de escribir una novela obrera. De recuperar un sentimiento gozoso de asociación y camaradería. De volver a traer a la literatura la memoria colectiva de un lugar, geográfico y emocional. La ciudad de Vigo, o cualquier ciudad industrial del norte de España. La reunión, la lucha y la protesta a finales de los años noventa.

Estaban, por otro lado, las entrevistas, la deliciosa búsqueda, la hemeroteca, los otros libros. Y así llegó la historia, la anécdota, la imagen por la que valía la pena escribir esta novela: en medio de las protestas y movilizaciones del sector naval del año 97 los trabajadores de un astillero se encierran en él para pasar la Navidad. Ése era mi barco.

Levanté los cimientos. Escribiría sobre acontecimientos históricos, pero no escribiría una novela histórica. Para iluminar esta historia necesitaba aclarar algunas sombras:

1. La novela tenía que ser concisa. No podía sobrar ni una palabra.
2. Fidelidad total a los hechos históricos para otorgarme la libertad de crear los personajes.
3. Los personajes existen y se mantienen fuera del texto porque responden a su propia realidad.

La voz protagonista del relato es un niño que crece entre las manifestaciones y revueltas del año 97. Su padre, obrero en un astillero de la ciudad, se movilizan contra la privatización junto a otros seis trabajadores. La memoria vertebró el texto porque me interesaba explorar nuestros recuerdos y cómo estos nos transforman y acompañan.

Este libro se escribió de noche, después de trabajar todo el día. Se escribió en la

cocina, durante mucho tiempo. Volvía a casa tras cada jornada deseando abrirlo, entrarle, encontrarme justo donde lo dejé y comprobar si todo seguía igual o si, por el contrario, los personajes habían decidido crecer o moverse o hacerse notar o, poco a poco, desaparecer. Yo quería que los personajes respondiesen únicamente ante ellos mismos porque confiaba mucho en ellos. Porque la historia que yo quería escribir era la suya, la de siete trabajadores con sus siete identidades y sus siete universos familiares. Lo que yo no quería escribir era una historia «sobre el movimiento obrero». Yo quería una historia de los obreros. Ahí entra el color.

Toda la novela está teñida de azul. Cuando pensamos en la literatura obrera, en fábricas, en astilleros, en ciudades industriales, el color que predomina en la estampa es el gris. Es el gris porque pensamos en las fábricas, en el humo de las fábricas, en los colosales centros de trabajo industrial de las periferias. Pero los monos de trabajo son azules, los trabajadores, las personas. Así quise imaginar la novela, como una llama azul que va calentando las estancias de una casa. Como una lengua de fuego azul que va devorando la ciudad, arrasando lenta pero profundamente sus laderas, sus barrios, sus bares.

Los libros nos escogen, las historias nos señalan, nos apuntan con el dedo, nos persiguen, nos roban el sueño, el aire, el espacio.

Escribí este libro porque no podía no escribirlo, porque se me incrustó su melodía, porque nos encontramos y yo estaba atenta y me obsesioné.

Por eso metí un barco en una novela. Luego la novela en una botella. Desde la ría la lanzo para que llegue hasta otras playas, hasta otras manos que la sepan escoger.

Cynthia Menéndez